

EL PROBLEMA INDIGENA

BUENOS días, señor.

—Muy buenos días.

—Perdone, ¿no va muy de prisa?

Quisiera platicar un momento con usted.

—Por mí, encantado. (Con una sonrisa demasiado amable.)

—Bueno, tendré que advertirle que no se trata de... nada sentimental, digamos, sino todo lo contrario. Quiero hablar con usted de un problema de México, de un problema muy importante.

—En ese caso también yo quiero advertirle algo: no sé nada de política. Leo los periódicos, pero estoy convencido de que, en realidad, no me entero ni de aproximaciones siquiera. Además, hablando de esas cosas uno se compromete.

—No hablaremos de nada de eso. Dígame, ¿sabe usted que hay en México un Instituto Nacional Indigenista y qué clase de trabajo desempeña?

y el doctor ALFONSO CASO

Por Naney CARDENAS

—Sí, sé que existe ese Instituto y que tiene una dependencia por allá en el Estado de Chiapas. Ayudan a los indios, ¿no? El director es el doctor Caso, Alfonso Caso.

—Yo quería platicar con alguien así como usted de esto, porque estuve en las oficinas del Instituto y me ha impresionado conocer su labor. Hablé cerca de dos horas con el doctor Caso precisamente.

Usted sabe, fue Secretario de Bienes Nacionales, y es un distinguidísimo arqueólogo que, no hace mucho tiempo, con sus descubrimientos en Monte Albán, llamó la atención del mundo entero hacia nuestras civilizaciones prehispánicas. Es muy amable y un gran conversador.

—Ahora está en Europa, ¿verdad?

—Sí, asiste a un Congreso de Antropología en Copenhague. Pero el trabajo empezado no se interrumpe; permanecen al frente sus más activos colaboradores, el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, Subdirector del Instituto, y el licenciado Antonio Salas Ortega, Secretario-tesorero. El doctor Caso ha dedicado todo su entusiasmo a la labor del Instituto desde 1939, año en que se fundó, y cree que si se contara con los medios necesarios para seguir la labor con el ritmo que hasta ahora ha llevado, en dos generaciones más México ya no tendría problema indígena.

—¡Eso es mucho tiempo!

—¿Mucho tiempo? Creo que usted no conoce cifras exactas. México tiene 28 millones de habitantes, de los cuales tres, óigalo bien, tres millones, son indígenas. O sea más de un diez por ciento. Es necesario incorporar a esos tres millones de mexicanos a nuestra civilización; o mejor, como me dijo don Alfonso, es necesario convertirlos realmente en mexicanos, dado que en la práctica les llegan escasos beneficios de su supuesta mexicanidad. Las cárceles de México sí son para ellos, también pagan sus contribuciones; pero hasta sus montañas, a donde se les ha expulsado, no llegan las escuelas, los caminos, la acción sanitaria. Es completamente injusto responder, sí, de las obligaciones, pero no gozar de los derechos. Además, como ha dicho el doctor en una frase muy certera, la igualdad sólo es justa entre iguales, y hay que transformarlos primero en mexicanos para después considerarlos como tales.

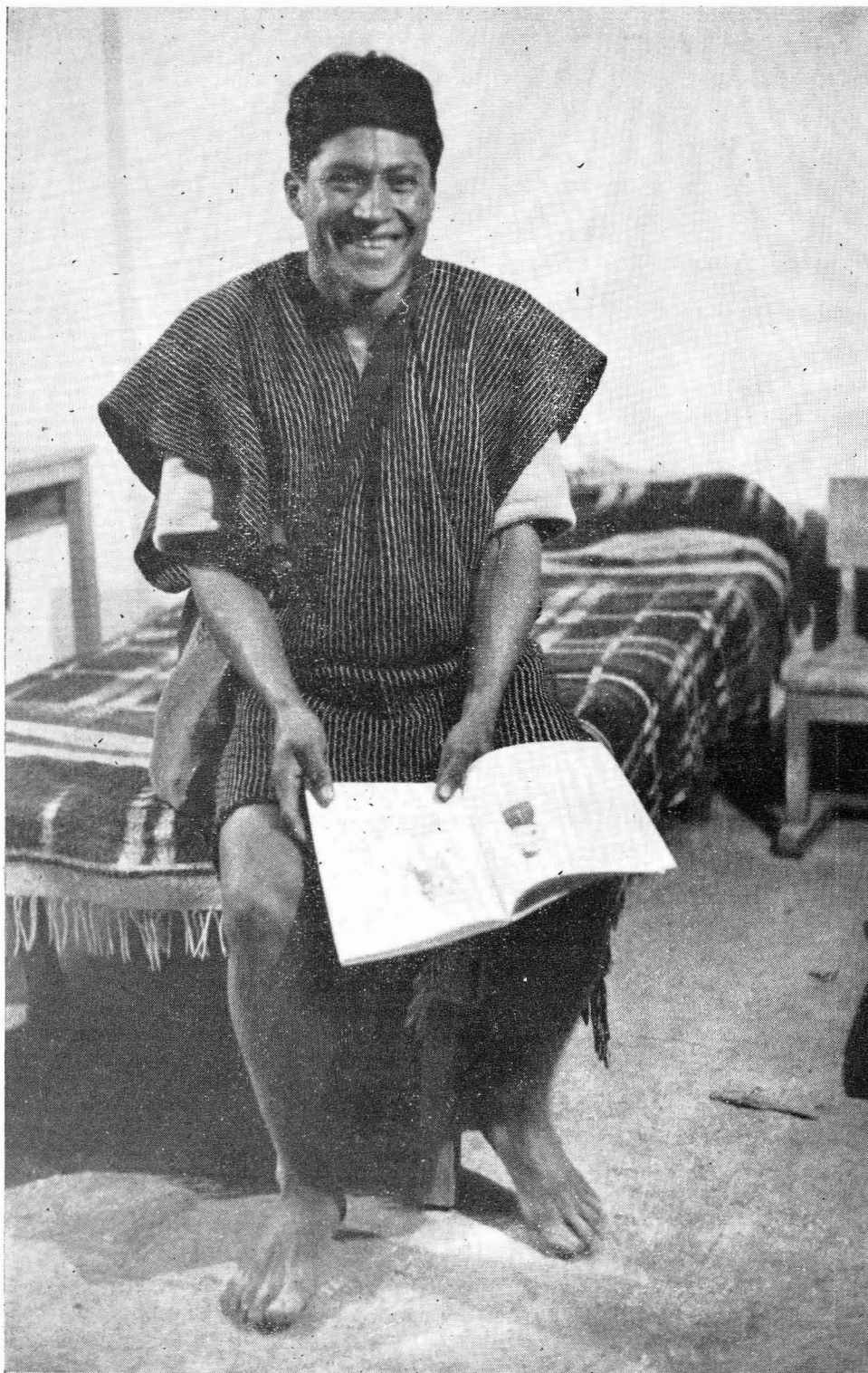
—Pero, ¿dónde viven esos tres millones de indígenas?

—En toda la República. Y para cubrirla se han instalado lo que usted llama dependencias, o sea Centros Coordinadores Indigenistas. Hasta ahora hay cinco: uno en San Cristóbal las Casas, Chiapas, en la región Tzeltal-Tzotzil, y que fue fundado en septiembre de 1950; el segundo, en la región tarahumara del Estado de Chihuahua, en junio de 1952; el tercero en la región mazateca y chinanteca del Estado de Oaxaca, en la cuenca del Papaloapan desde enero de 1954; y los dos restantes en la región mixteca del norte, con sede en Tlaxiaco, y la región mixteca del sur, con sede en Jamiltepec, del mismo Estado de Oaxaca, en funciones desde la misma fecha. El centro de la región mazateca trabaja conjuntamente con la comisión del Papaloapan para desalojar a la gente del vaso de la presa y reorganizar a todas esas familias en un lugar cercano. Hay dos centros más en preparación: el Cora-Huichol y el Tlapaneco.

—Con esos siete centros se resolverá el problema en gran parte, ¿no?

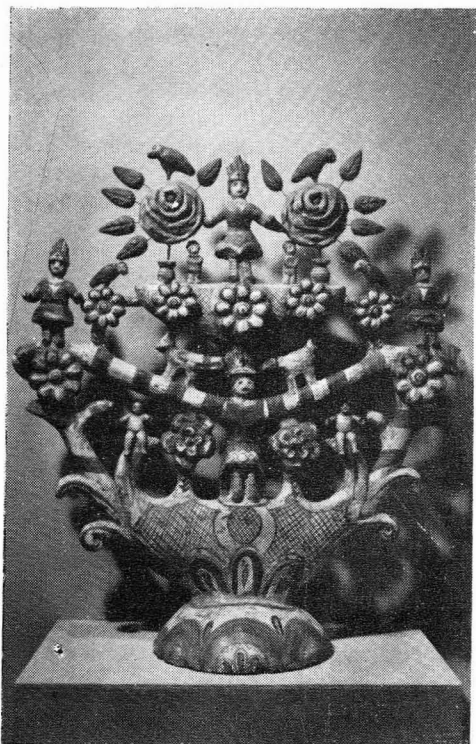
—No precisamente, porque, según don Alfonso, sólo se podría atender todo contando con cuarenta centros; o sea ocho veces más de los que existen actualmente.

—¿Y cuáles son las dificultades que hay para que haya todos esos centros que se necesitan?



Chamula con una cartilla alfabetizante en Tzotzil

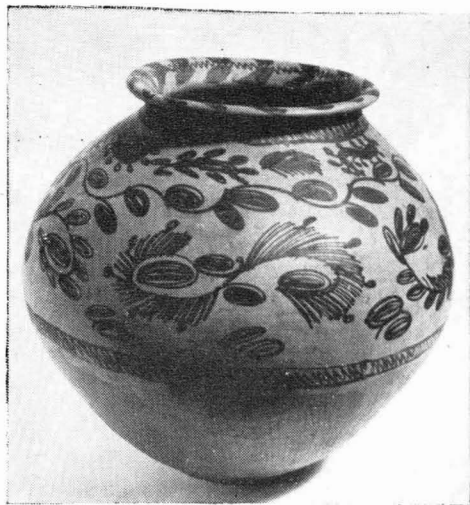
—Por supuesto que usted comprende que ese es un trabajo que no se puede hacer en poco tiempo, ¿verdad?; me refiero a la compleja labor del Instituto. La primera dificultad, me dijo el doctor Caso, fue conseguir el contingente humano preparado para realizar esta clase de actividad; pero ahora, afortunadamente, cuentan con él y con una escuela que prepara esta clase de trabajadores sociales, la Escuela Nacional de Antropología, con la especialización de Antropólogo Social. La segunda, y muy importante, estuvo en comprobar si sus métodos prácticos, obtenidos después de complejas investigaciones, eran realmente buenos y los indicados para cada una de las situaciones particulares de las comunidades indígenas. Los grandes éxitos conseguidos, demuestran que el camino recorrido es el correcto. La tercera dificultad puede vencerse también, o cuando menos reducirse poco a poco. Consiste en obtener los recursos económicos necesarios para fundar los Centros que hacen falta, y ampliar el radio de acción de los ya establecidos.



Candelabro de barro de Metepec, Puebla

—¿Se les regala dinero a los indígenas?

—No. Eso sería, como don Alfonso la llama, la salida falsa de la caridad. Lo que se hace es impulsar en todas formas la iniciativa de ellos sin tratar nunca de imponerse violentamente en ninguno de los aspectos atendidos. Y éstos, son todos los de la vida de las comunidades indígenas. En el Instituto llaman a eso una *política integral*: comunicaciones, educación, economía, salubridad. No pretenden hacer loas al indígena, sino incorporarlo a la gran comunidad que es México. Se les proporcionan títulos de propiedad de sus tierras para protegerlos de los insaciables terratenientes; animales de buenas razas, semillas mejoradas; se les enseñan mejores métodos para labrar la tierra, el uso benéfico de abonos, y se llega hasta enseñarles a mejorar las técnicas de producción en lo que respecta a artes populares, pero siempre *respetando la inspiración de los artistas*. Después, lo mejor de esta producción se vende al público en el Museo Central que en la avenida Juárez



Cántaro de Amatenango, Chiapas

ha instalado el Instituto, o en los que hay en provincia. En esta labor el Instituto ha recibido la cooperación del de Antropología e Historia, fundando un Patronato de Artes e Industrias Populares.



Promotor en su clase de apicultura

—Bueno, pero ¿a quiénes ayudan, quiénes son indígenas y quiénes no?

—Precisamente algo como eso le pregunté al doctor Caso y me ha dicho que al Instituto no le interesa definir al indio individualmente, porque el problema es de grupo, de comunidades, ya que en México, por fortuna, no tenemos discriminación racial. Unos más, otros menos, todos tenemos sangre indígena en las venas; excepto los que la tienen azul, dijo don Alfonso. El concepto de raza, para él, es simplemente biológico; no cree en las razas puras si, como sabemos, todos los pueblos de la tierra se han mezclado entre sí. Y por otro lado, con esta definición, niega la teoría de que los mexicanos no somos más que criollos: “ser mexicano quiere decir ser mestizo”, mestizo en cultura, en costumbres, en herencias. Pero aunque no tengamos discriminación racial, sí tenemos discriminación cultural, y si el indígena muchas veces ni siquiera habla el idioma castellano, esto le coloca en una situación de inferioridad que muchos están dispuestos a explotar en su favor.

—Entonces, el Instituto les enseña hasta a hablar español.

—Sí, y ello está dentro de las cosas más difíciles de hacer realidad total, conjuntamente con el problema de cambiar el concepto mágico que tienen de la enfermedad por otro científico y basado en prácticas higiénicas que les den una vida más larga y más feliz. En el terreno económico es necesario introducirlos al consumo de muchos productos alimenticios que desconocen, para transformarlos así en consumidores —no hay que olvidar que antes se cuida de hacerlos productores—, y al uso de implementos técnicos como arados de metal, tractores, molinos, etc., a fin de aumentar su producción y disminuir su tiempo de trabajo y gasto de energía. Sin embargo de todos esos adelantos a los que se les introducen, para incorporarlos a nuestra cultura, el doctor Caso está interesado en hacerlos no sólo mexicanos, sino buenos mexicanos, ampliando el conocimiento que tienen de lo que los rodea, hasta hacerlos conscientes de que están dentro de una comunidad mayor que la que hasta ahora han tenido por límite del mundo, y de que esa gran comunidad necesita de ellos como ciudadanos activos,



Los doctores Caso y A. Beltrán discutiendo los problemas de los ejidatarios tarahumaras

NOTAS DE VIAJE

Por Tomás SEGOVIA

II

Algo sobre el gótico

VI NÔTRE-DAME cubierta de palomas y Chartres rodeada de cuervos. Cosas como ésta suelen ser más reveladoras que todo un tratado. Son esas metáforas que se producen solas y que nos resultan tan luminosas, tan inteligibles como un pensamiento. Están recorridas por una especie de inspiración objetiva, pero tan inspiración como la que ilumina esas frases que valen por libros enteros y que desnudan y marcan toda una sensibilidad. Para decir, por ejemplo: "la Edad Media, enorme y delicada", ¿no es preciso haberlo visto con los verdaderos ojos carnales? Pero a veces ni siquiera tiene uno que llegar a la extrema tensión de la atención, mantener los ojos exasperadamente abiertos hasta

los conjuraba, los hacía participar en la vida en lugar de dejar que la fueran matando fríamente. Feliz aquel que puede distinguir el rostro de sus enemigos. El siglo XVIII y hasta el XVI pueden haber creído que esta época fue enfermiza y oscura, pero desde nuestra perspectiva es bien claro que éste es el único período orgánico, sano y verdaderamente creador que ha conocido Occidente después de la antigüedad. Por eso en el fondo es ella, y no el Renacimiento, lo que más se parece a Grecia. Las creaciones verdaderamente populares de Europa sólo pueden encontrarse en Grecia o en la Edad Media. El Partenón y Chartres. ¿Hay algo en Europa que se atreva a competir con esto?

En el fondo la Edad Media está tan viva como Grecia, es tan viva como ella, y nada tiene de extraño que Julien Gracq, entre otros, se asombre de que este venero esté intacto todavía. Como la arquitectura griega, la catedral de Chartres es inagotable. También ella está llena de sugerencias, de puntos de partida, de significaciones riquísimas que sirven de apoyo o de trampolín para las más diversas meditaciones; y también por encima de todo eso, su presencia real y completa es ella misma un misterioso significado, una inefable inspiración materializada. El espacio allí está sentido precisamente como inspiración: se le hace rítmico, circulante, orgánico; se le hace melodía. Ante las grandes obras de la arquitectura creo que se nos revela siempre esta importancia del espacio, que es (como ya lo hizo ver Worringer) su verdadero material. Chartres parece una crisálida llena de espacio, un nido del espacio. Esto me parece uno de esos trampolines, uno de esos significados (siempre un poco arbitrarios por que son vivos y no conceptuales) de que hablaba antes. En el gótico, en efecto, el espacio se hace por primera vez verdaderamente interior.

Esto se hace muy evidente comparándolo con otras arquitecturas, por ejemplo con la antigua, donde el espacio no se cierra del todo, sino que más bien se marca, consiste en la demarcación de una porción del espacio continuo; o con la arquitectura precolombina, donde el espacio es exterior, cóncavo, donde las pirámides por ejemplo hacen jugar al espacio que las cubre y no al que contienen. ¿No es lícito ver aquí un significado, un paralelismo con ideas o sentimientos mucho más generales? Para el griego el templo señala un lugar sagrado, pero



que la visión se desnude; sino que allí está, como un regalo, la metáfora misma: la Edad Media palpitante de palomas y obsesionada de cuervos, ángel y demonio, monstruo y dulzura, ave tierna y pajarroco.

Creo que el cuervo es el pájaro más medieval que existe (salvo, tal vez, la urraca). Es de la misma estirpe que las gárgolas. Encarna el mal agüero, lo demoníaco cotidiano, la fealdad robusta que en el fondo la Edad Media amó siempre que se le presentó como cosa viva. Porque la Edad Media vivía rodeada de sus monstruos, como todas las épocas, sólo que eran monstruos aplacables o aplacados: monstruos incorporados. A nuestros ojos la Edad Media es la salud y el vigor precisamente porque convivía con sus monstruos, los aceptaba,

productores y consumidores, y de que esa gran comunidad de 28 millones de habitantes se llama México.

—¿El Instituto ayudará también a los famosísimos lacandones?

—De eso me habló ampliamente don Alfonso, porque al Instituto le interesa ayudar al mayor número posible de comunidades indígenas; pero los lacandones son en la actualidad cuarenta, y, por tanto, no constituyen un problema.

—Pero viven en la selva casi completamente incivilizados.

—Pero son cuarenta. Además de ellos, en estado selvático sólo permanecen los seris, que viven de la agricultura en la costa de Sonora y en la isla de Tiburón. Lo dijo muy claramente: "en México no tenemos problema de indígena selvático como Brasil y Venezuela." Pero algunos países de América no tienen en absoluto problema indígena; así Uruguay, Costa Rica y las Antillas. Menor que el nuestro es el problema de Argentina, Chile y Colombia; pero en México, Guatemala, parte de Honduras, Ecuador y Bolivia es necesario trabajar muy intensamente para modificar la situación económica, higiénica, cultural de muchos miles de seres.

—¿También estos países tienen sus Institutos?

—Sí, y el nuestro sostiene intercambio con todos ellos, filiales del Instituto Indigenista Interamericano que tiene su sede aquí, en México. Es necesario proteger de la civilización a dichos seres mientras se incorporan al ritmo de desenvolvimiento de la misma; porque hombres criados en ella han hecho viajes a la América del Sur con el único propósito de matar indígenas para vender sus esqueletos a los museos del mundo. Otros llegaron a lo sublime, capturando a una familia en la Patagonia para llevarla a una exposición universal en la que, lógicamente, murieron todos sus miembros.

—Después de eso, es natural que tengan una gran desconfianza para con los extraños que se les acercan.

—Claro, eso es absolutamente natural. Creo que usted pensará lo que el doctor Caso respecto de ese punto: que los indígenas mexicanos no son tontos, nada tontos, y saben si uno va con ánimo de explotarlos o de ayudarlos. A él le consta que cuando los extraños van con esa segunda intención hay una respuesta positiva de parte de los indígenas; y el tradicional supuesto de que son flojos tiene que desaparecer también ante su cooperación decidida en todo trabajo del que saben que va a ser en su beneficio. Por eso don Alfonso no vacila en confesar que el mejor éxito del Instituto está, sin duda, en haber ganado la confianza de un ser atávicamente desconfiado.

—Realmente es muy interesante todo eso y me gustaría seguir platicando con usted, pero tengo un compromiso y debo ser puntual. De verdad que me ha gustado oír hablar de ese problema de México. Puedo asegurarle que en cuanto haga un viaje por Chiapas, Oaxaca o Chihuahua iré a visitar el Centro Coordinador.

—Y yo le aseguro que no se arrepentirá.

Cuando se alejó mi amigo ocasional, me quedé con la satisfacción de saber que ya éramos dos más los mexicanos conscientes de la labor tan digna de aplauso del Instituto Nacional Indigenista.

